

MUCHACHA EN LA PLAYA

MIGUEL AGUILAR CARRILLO



MUCHACHA EN LA PLAYA

EDITORIAL



DELIRIO

Colección Krámpack, 5

MUCHACHA EN LA PLAYA

MIGUEL AGUILAR CARRILLO

Prólogos

LUIS FELIPE COMENDADOR
ANTONIO ORIHUELA

Primera edición: octubre 2009, Salamanca

MUCHACHA EN LA PLAYA

Colección Krámpack, 5

© 2009, Miguel Aguilar Carrillo

© 2009, Luis Felipe Comendador

© 2009, Antonio Orihuela

© 2009, EDITORIAL DELIRIO S.L.

Carretera de Fregeneda, 16-30, Portal 1 3ºA

37008 SALAMANCA

www.delirio.es / info@delirio.es

Diseño de la colección: Fabio de la Flor

Impreso en AGH Impresores, Béjar, Salamanca, España.

ISBN: 978-84-936877-7-9

Depósito Legal: S.-1195- 2009

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

EL POEMA EN BIKINI

Apartarse del mundo o zambullirse en él hasta las trancas es lo que suelen recomendar algunas tradiciones místicas y mistericas. Subirse a la columna o tenderse en la toalla. Cantar el om mani padme hum o el chibiribiri porompompom o cualquier otro mantra del top veraniego. Quedarse entre las margaritas olvidado u olvidarlo todo a base de margaritas en el chiringuito de moda. Ya os digo, la vía punitiva o la vía festera y, ya puestos, Miguel Aguilar Carrillo (y yo, ¡toma!), se queda con la segunda, contemplando a esta *muchacha en la playa* que, conociendo las playas españolas, estoy seguro que tiene estos poemas muy bien merecidos.

Y es que aquello de los cilicios y la abstinencia es moco de clausura al lado del dolor que produce ver todo lo que se pasea por esas playas de dios. Y ya puestos a purgar, nada mejor que bajar a la arena y aguantar el tipo o preguntarle a San Antonio cómo se lo montaba él en esas circunstancias. Uno, por distraer la libido, se puede poner hasta a pensar en algún paisaje del expresionismo abstracto americano pero por algún rincón de la mente no tarda en aparecer la Venus de Botticelli y lo que sigue, ya cuesta abajo con la imaginación desbocada, es mejor no mentarlo.

También te puedes enharinar bajo la sombrilla con Quevedo, Manrique o San Juan de la Cruz, que para gustos están los libros, pero basta levantar la vista de los pastos, y las ovejas circundantes

empiezan a perder pelo y ganar turgencias y uno a dar vueltas en la toalla y a repetir eso del polvo que serás aunque lo que quisieras es el polvo instantáneo, el Cacaolab del loro sin esperas ni demoras que, después, ya se sabe, todos los ríos se van con la tarde y la vacía playa es ya un morir de arrugas, canas y exceso de grasas mojando los juanetes al crepúsculo de la vida y entonces, ¿a quién habíamos quedado que le íbamos a dar la del tigre?

Sólo con una buena dosis de etílico bromuro parece ya posible eso del dejeme y olvideme en la hora violeta, que tanto gustaba a Tennyson. Sólo entonces se atreve uno a quitarse las gafas de sol y hasta tirar lejos a los clásicos y dejar la vista por fin perdida en el abstracto y aún gratis horizonte sin marca, y recordar, ahora sin riesgo alguno, tan solo ese triángulo divino que, atado con dos cuerditas, llevaba dentro la promesa de un cielo en pelo y carne viva.

Que el óxido que tanto afecta a los poetas, oh! Musa, deje por siempre, verano tras verano, intacta tu hermosa mientras se derriten los polos y emborronan cuartillas los poetas que jamás se acercarán a pedirte que hagas con ellos el más rotundo de los poemas. Que con Miguel Aguilar y conmigo, al menos, tengas a bien una excepción.

ANTONIO ORIHUELA
Playas de Mazagón, 14 de abril de 2009

Que un tipo mexicano con sombrero me deje alucinado con sus versos mortales y encendidos... es como para creer, sin hacer preguntas, en un Dios combativo y perdulario con lúbricos deseos y algo que, sin buscarlo, cabecee alegremente entre sus piernas.
Que mi temblor os queme y su salmo os vuelva los ojos.

LUIS FELIPE COMENDADOR
Béjar, Salamanca, 3 de agosto de 2009

*Así surges del agua,
clarísima,
y tus largos cabellos son del mar todavía.*

GABRIEL ZAID

¿QUÉ ES ESO DE QUE SURJAS ASÍ SIN TRIANGULITOS,
de piel vestida y sin escamas
como mamífero cetáceo varado en los restos del aire
de la playa?

¿No te dijeron las casi transparentes
e inmaculadas que es pecado
pervertir la luz entera y el aire
con tu aroma a cada paso

a cada vuelo de tu muslo
y ondulante cadera y cintura y pechos y clavículas profundas?
Pero allí vas siniestra, vaporosa vendiéndote a los ojos
que no debieran verte. Vístete con mi saliva
oh prodigiosa

y elevada muchacha
que me tienes perplejo sin San Juan
en la mañana clara de tu cuerpo
surgiendo de las aguas sin Pitágoras
con sólo hipotenusa y sin catetos precipitando
mi bláncor almidonado.

SI TE ESTUVIERAS QUIETA, QUIETESÍSIMA, DELGADA
casi
como paloma herida, cervatilla, quizá, leona
en acecho, tigre, ¡ay muchacha! *Soñé que te... ¿dizelo?* revoloteando
en este espacio transparente, selva
en que quisiera encuadrarte en la mirada
casi quieta de la playa y huyendo *sin percibirse, lento*
el día, transcurriendo alrededor de tu inmóvil presencia
y transparencia y casi herida y yo el maltrecho
gacela, palomica mía, mi transparente
si quieta te quedaras, espuma
en la palma de la mano, burbuja
del sol en la perduración de tanto
cuadro y enfoque de mis ojos
y las manos que se acercan –clic
y clic–, entorpecidas ante la transparencia
donde sólo *lo fugitivo permanece*
y la quietud ausente en que te encuentras, en este mar de aire
trozándolo
hasta llegar a ti sin consumirme
y consumido *en un no sé qué que queda* de Quevedo y de esos locos
que me hacen convertirte en pergamino.

MUCHACHA ESTÁS AQUÍ

frente a los ojos
vestida apenas de mucho sol y poca arena
translúcida
y cegada al clamor
de baratijas que anuncian vendedores, vencedores
de la brisa que no encalla en la albura de tu dársena
por la sombra que a su paso impide contemplarte.

Estás aquí en un verano largo, más largo
que el invierno mío
y observo el rumor bosquejado en tus mejillas
las múltiples orillas de tu cuerpo
y el sexo oculto por perverso entramado
de cáñamo sedoso y sin marca registrada.

Estás aquí frente a los ojos
navegantes de un mar que no es el tuyo
en la isla donde vaga tu figura
bajo el sol, sobre la arena
cerca a los ojos míos que se plantan oscuros
a paladear tu sombra, el aroma que le dejas al aire
cuando ya tu figura se aleja
entre olas que lamen
los contornos del cuerpo que te viste.

¿POR QUÉ LA CARNE, SEÑOR, LA TURGENCIA, LAS CÉLULAS
ahítas a lo largo del camino, los secretos
lugares, la oscuridad latente
en ese centro, las pequeñas espinas
que alimentan la sangre? ¿Por qué los huesos, la albura
siempre oculta de los huesos?
¿Los órganos contrechos; esa arritmia, ese dolor
en el insomnio, ese perfume
lento, caminando hacia el espíritu
indeciso, el malestar de lejanía? ¿Por qué si rubio o trigueño
o pelirrojo
el centro? ¿Por qué los muslos fiabiles, Señor, los muslos,
como agua, leche y mirra? Las rodillas,
Señor, las comisuras entre muslo y pantorrilla?
Esa rayita, Señor, no tan rayita,
justo en el blanco, Señor, ¿por qué?
¿Por qué la oscuridad de los pezones y la línea
convexa de la espalda? Los ojos,
Señor, y las mejillas, las clavículas y el centro,
oscuridad cegada, tan hondo,
tan centro, tan profundo. ¿Por qué la noche
inmensa, el infinito,
en ese centro?

SENTENCIA ERES Y NO PASTURA DE LAS HORAS,
nada de playa, sol y vacaciones: penumbra eres,
nadan los ojos
que recorren páramos
y páramos y holguras sima a cima. Virtual
al deseo y al asombro del clic entusiasmado.

Casi innostrada
paso al frente en la pupila
cerca de las manos que deben contenerse

¿Qué oficio tienes, cuál función tu superficie más allá del día
y su carátula de tiempo? *Polvo serás...*
–ineludible–, pero antes
misterio al roce, en la letanía de las horas
y olas que te forman
en la caricia murmurante centímetro a centímetro
en el minuto, en el segundo de los ojos.

EL SEÑOR ES MISERICORDIOSO Y ATENTO CON MIS HUESOS.
Él los lleva a poblar las anchas avenidas
que van a dar a la mar / que es el morir
donde crece la mirada.

El Señor es cariñoso con el cuerpo mío, con los ojos
y las manos y las piernas dirigidas a entablar
una conversación con la arena, con la brisa y con el sol
que sólo pertenecen a la calma y el sosiego.

El Señor conduce las miradas donde esa frágil
muchacha asciende de las aguas vestida con Su sol
solamente con Su sol, vistiendo el aire con el cuerpo solo.

El Señor es atento con mis huesos. Él los lleva a adorar
no al becerro de oro de piedras recamado sino a esa niña
de cabellos mojados lejos de los mercaderes
paupérrimos que buscan el sustento diario.

¿Quién no confía en el Señor? Pues el Señor trajo hasta aquí
las arrugas, las canas, el exceso de grasa
para mirar a esa muchacha.

El Señor es pescador de hombres ateridos,
de cómplices de la rutina
y me conduce lejos de las inclinaciones de la sobrevivencia,
de los lujos y manjares que sólo caben en la imaginación.

Loado sea el Señor que me conduce a contemplar
los redondos pechos y la negrura de ese centro
de la muchacha aquí, acomodando una toalla
sobre la arena como un altar y tomando el licor refrescante
de una piña y aguardiente.

Loado sea el Señor por tantas maravillas.